

## ÁRBOLES

LA acacia al sol hace susurrar los infinitos millares de sus hojas pequeñitas; parece una nube de abejas verdes y blancas que agitan las alas y hacen risa. Es tan evidente, tan natural, esa como jovialidad sana que rebosa de todo el follaje de la acacia... Debajo de ella hay, abundante y uniforme, de esa hierba menuda que tanto nos hace acordar de la primavera: el césped claro de las canciones, de los cromos donde vagan corderos y una niña con un gran sombrero de paja de cinta azul enlazada bajo el óvalo del rostro y entre las manos el delantal alzado lleno de margaritas... Detrás de la acacia, un ciprés, sereno, quieto, solitario. No hace vibrar las hojas y sólo a ratos se inclina un poco y muy lentamente, pero se inclina todo entero, con su gran cono obscuro. ¡Parece una frente pensativa! Pensativa y doliente además. No en vano tiene un perfil melancólico y como protector y amigo de los meditabundos. Y está solo, alejado, gravemente tranquilo, mientras la acacia repite su interminable bullicio de alipas. La sombra de ésta tiembla sin cesar, salpicada de pétalos de sol; la del ciprés, no: cae firme y columnaria... ¡Dios mío, la alegría de la acacia es bella, pero la tristeza silenciosa del ciprés también es bella!